

Guillaume Musso

LA HUELLA DE LA NOCHE

Traducción de Amaya García Gallego

Título original: *La jeune fille et la nuit*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Calmann-Lévy, 2018

© de la traducción: Amaya García Gallego, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-262-3

Depósito legal: M. 26.600-2018

Printed in Spain

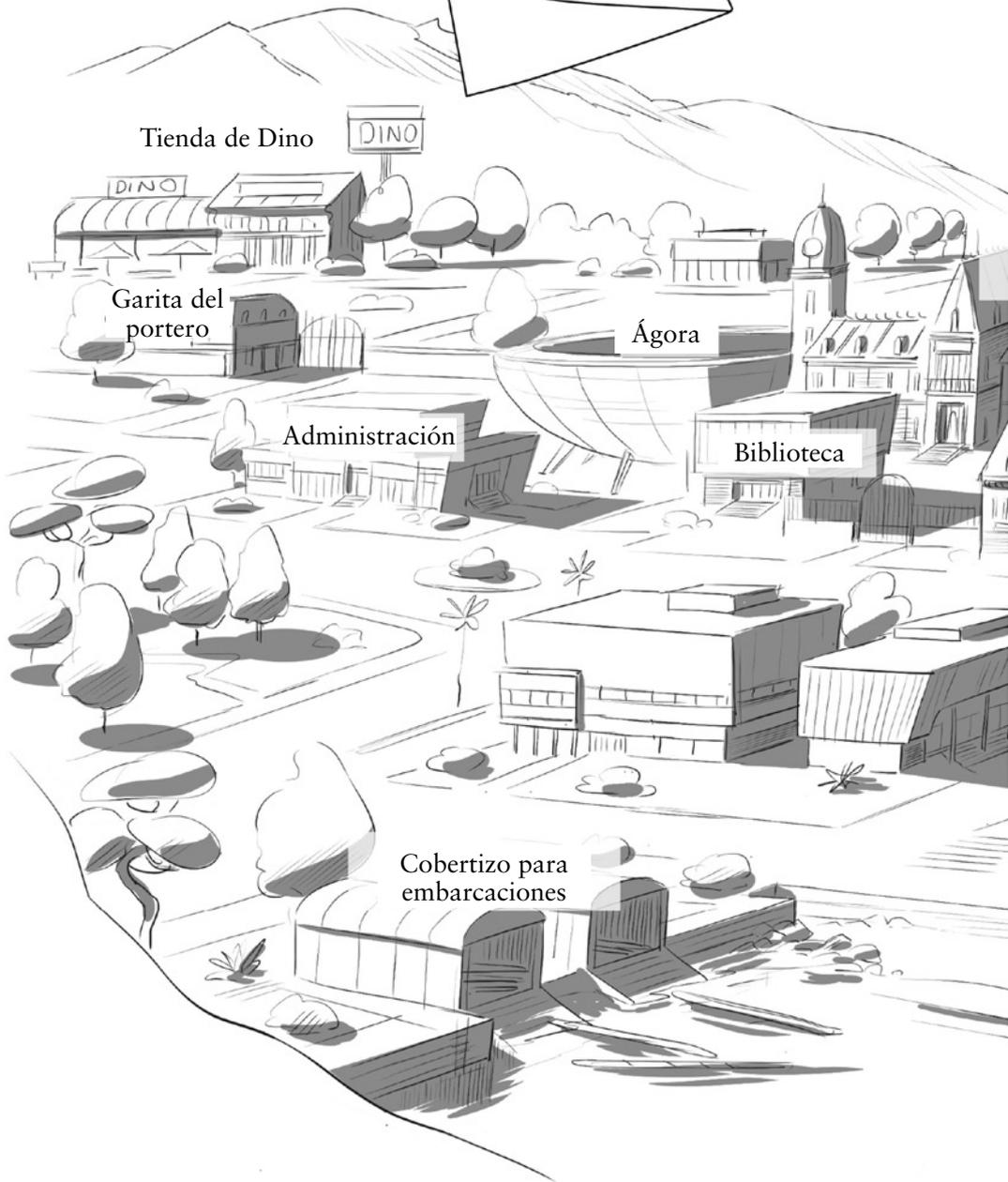
Para Ingrid y Nathan

Para Flora,
en recuerdo de las conversaciones
que tuvimos aquel invierno tomando
el biberón de las cuatro de la madrugada...

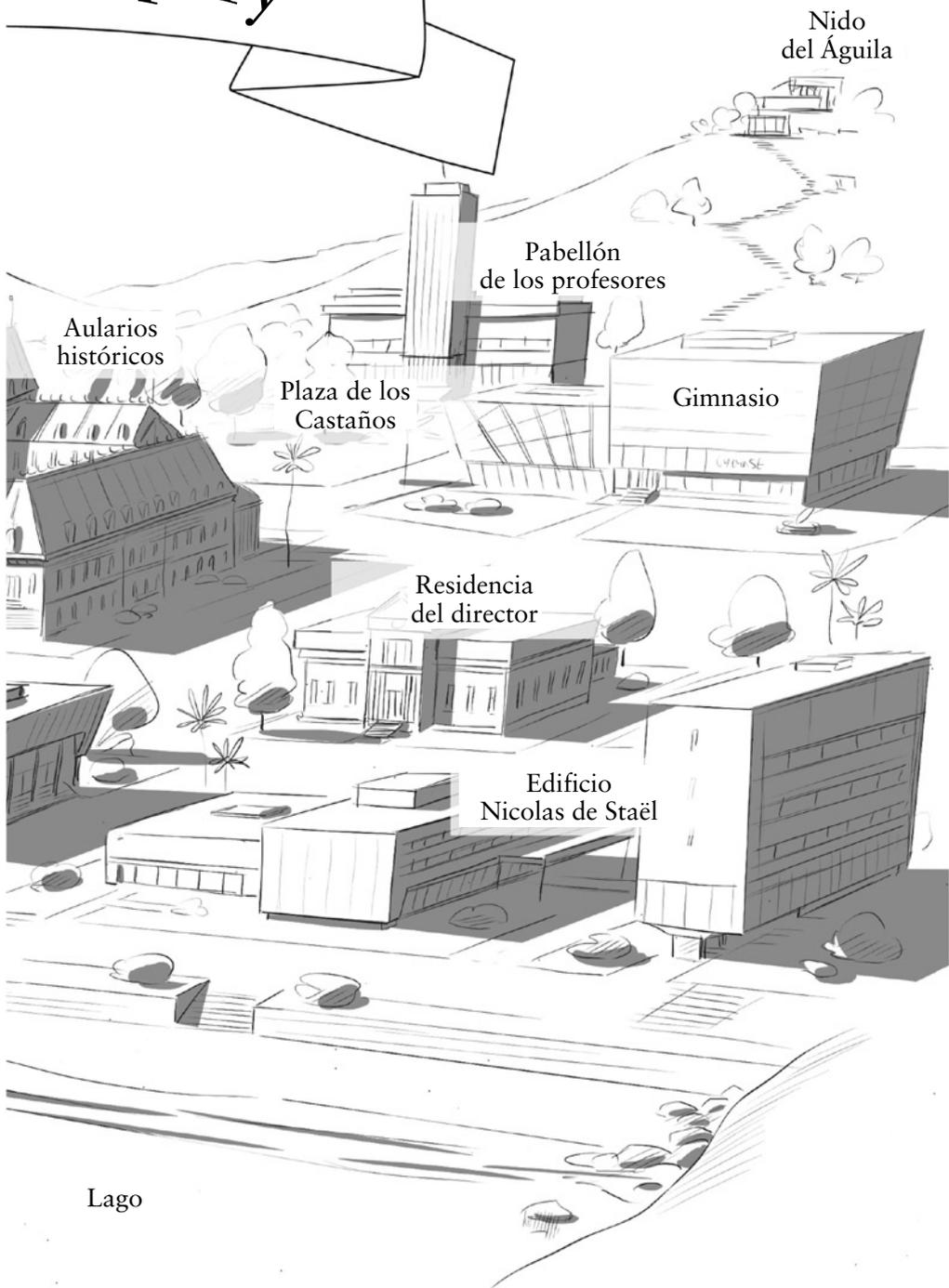
El problema de la noche sigue intacto.
¿Cómo atravesarla?

HENRI MICHAUX

Liceo Saint



-Exupéry



Nido
del Águila

Pabellón
de los profesores

Aularios
históricos

Plaza de los
Castaños

Gimnasio

Residencia
del director

Edificio
Nicolas de Staël

Lago

La senda de los contrabandistas

La doncella:
¡Vete, ay, vete!
¡Desaparece, esqueleto cruel!
¡Aún soy joven, mejor vete!
Y no me toques.
La muerte:
¡Dame la mano, tierna y hermosa criatura!
Soy amiga tuya y no vengo a castigarte.
Confía en mí, no soy cruel,
Ven a dormir plácidamente entre mis brazos.

MATTHIAS CLAUDIUS (1740-1815)
La muerte y la doncella

2017

Punta sur del cabo de Antibes
13 de mayo

Manon Agostini aparcó al final del camino de la Garoupe. La agente de la policía local cerró la vieja Kangoo de servicio de un portazo mientras despotricaba en su fuero interno contra la sucesión de circunstancias que la habían llevado hasta allí.

A eso de las nueve de la noche, el portero de una de las lujosas mansiones del cabo llamó a la comisaría de Antibes para avisar de que se había oído un disparo o un petardazo (un ruido extraño, en cualquier caso) por el sendero rocoso que lindaba con el parque de la finca. En la comisaría no se

tomaron muy en serio la llamada y la derivaron al puesto de la policía local, donde no se les ocurrió nada mejor que llamar a Manon, aunque ya no estaba de servicio.

Cuando su superior la llamó para pedirle que fuera a echar un vistazo al camino costero, estaba ya lista para salir, con vestido de noche y todo. Le hubiera gustado mandarlo a paseo, pero no podía negarle ese favor. Esa misma mañana, el buenazo del jefe le había dado permiso para usar la Kangoo después del curro. El coche particular de Manon acababa de pasar a mejor vida y ese sábado por la noche necesitaba a toda costa un vehículo para acudir a una cita trascendental.

El liceo en el que había estudiado, el Saint-Exupéry, celebraba, con ocasión de su quincuagésimo aniversario, una velada de antiguos alumnos donde estarían reunidos sus compañeros de clase. Manon albergaba en secreto la esperanza de volver a ver allí a un chico que le había dejado huella. Un chico distinto a los demás, al que en su momento no hizo ni caso, pues le llamaban más la atención los tíos mayores, que a la postre resultaron ser unos capullos. Aquella esperanza era del todo irracional, ni siquiera tenía la certeza de que él fuera a estar presente, y sin duda no se acordaría de que ella existía, pero necesitaba creer que por fin le iba a pasar algo en la vida. Manicura, pelu y ropa nueva: Manon se había pasado la tarde arreglándose. Se gastó 300 eurazos en un vestido recto de encaje y punto de seda azul noche, le cogió prestado un collar de perlas a su hermana y unos zapatos de salón a su mejor amiga (un par de Stuart Weitzman de ante que le hacían daño).

Encaramada a los tacones, Manon encendió la linterna del móvil y se metió por el angosto camino que bordeaba la costa a lo largo de más de dos kilómetros, hasta la Villa Eilenroc. Conocía bien ese lugar. De pequeña, su padre la llevaba a pescar a las caletas. Antes, los lugareños llamaban a esa zona la senda de los aduaneros o de los contrabandistas. Luego,

aquel sitio apareció en las guías de viajes bajo el pintoresco nombre de senda de «Tire-Poil». En la actualidad, se lo conocía con el nombre, más soso y aséptico, de senda costera.

Al cabo de unos cincuenta metros, Manon topó con una barrera y la correspondiente advertencia: «Zona peligrosa: Prohibido el paso». A mediados de semana hubo una fuerte tormenta. Los violentos golpes de mar habían causado derrumbes y algunos tramos del paseo resultaban intran-sitables.

Manon se lo pensó un momento antes de decidirse a pasar por encima de la valla.

1992

Punta sur del cabo de Antibes

1 de octubre

Con el corazón alborozado, Vinca Rockwell pasó dando saltitos por delante de la playa de la Joliette. Eran las diez de la noche. Para ir hasta allí desde el liceo había logrado convencer a una amiga, alumna como ella de la clase preparatoria a la rama de letras de la Escuela Normal, para que la dejara allí camino de la Garoupe.

Al enfilarse la senda de los contrabandistas, notó un vacío en el estómago. Iba a encontrarse con Alexis. ¡Iba a encontrarse con su amor!

A pesar del vendaval que soplaba, la noche estaba tan bonita y el cielo tan claro que se veía casi igual de bien que a la luz del día. A Vinca siempre le había encantado ese rincón porque se conservaba salvaje y no se parecía a la manida imagen estival de la *French Riviera*. A pleno sol, el resplandor blanco y ocre de las rocas calcáreas resultaba subyugante, así como las variaciones infinitas del mar que bañaba las caletas.

Una vez, mirando en dirección a las islas de Lérins, Vinca había llegado a divisar delfines.

Cuando arreciaba el viento, como esa noche, el paisaje cambiaba radicalmente. Las rocas escarpadas se volvían peligrosas, los olivos y los pinos parecían retorcerse de dolor, como si quisieran descuajarse. Pero a Vinca le traía sin cuidado. Iba a encontrarse con Alexis. ¡Iba a encontrarse con su amor!

2017

«¡Me cago en todo!»

A Manon se le acababa de partir un tacón. «Pues vaya.» Antes de ir a la velada, tendría que pasar por casa, y mañana su amiga le echaría la bronca. Se quitó los zapatos, los metió en el bolso y siguió adelante descalza.

Continuó avanzando por el trazado angosto pero asfaltado que coronaba los acantilados. El aire era puro y vivificante. El mistral había despejado la noche y cuajado el cielo de estrellas.

La vista apabullante abarcaba desde las murallas del casco viejo de Antibes hasta la bahía de Niza, pasando por las montañas de tierra adentro. Resguardadas detrás de los pinos estaban algunas de las fincas más hermosas de la Costa Azul. Se oía cómo las olas arrojaban espuma y se notaba toda la fuerza y la potencia de los embates.

Antaño, aquel lugar había sido escenario de trágicos accidentes. El oleaje ya se había llevado a varios pescadores, turistas o enamorados que iban a besuquearse a la orilla del mar. Ante la avalancha de críticas, a las autoridades no les quedó más remedio que mejorar la seguridad del camino construyendo escaleras sólidas, señalizando el trayecto e ins-

talando barreras de seguridad que limitasen las veleidades de los excursionistas de acercarse demasiado al borde. Pero bastaba con que se desencadenase el viento unas cuantas horas para que el lugar volviera a ser muy peligroso.

Manon llegó precisamente a un punto donde un pino carrasco caído había arrancado la baranda de la rampa e impedía el paso. No se podía ir más allá. Pensó en dar media vuelta. Ahí no había ni un alma. La fuerza del mistral había desanimado a los paseantes.

«Lárgate, bonita.»

Se quedó muy quieta y escuchó el bramido del viento. Arrastraba como una especie de quejido, lejano y próximo a la vez. Una sorda amenaza.

Aunque estaba descalza, se subió a una roca para rodear el obstáculo y siguió avanzando sin más iluminación que la linterna del móvil.

Un bulto oscuro se dibujaba a los pies del acantilado. Manon entornó los ojos. No, estaba demasiado lejos para distinguir nada. Intentó bajar con muchísimo cuidado. Se oyó un crujido. El bajo del vestido de encaje acababa de desgarrarse, pero ni siquiera se fijó. Ahora ya veía la forma que la había intrigado. Era un cuerpo. El cadáver de una mujer, abandonado encima de las rocas. Cuanto más se acercaba, mayor era su espanto. No se trataba de un accidente. A esa mujer le habían machacado la cara, que ya no era más que una papilla sanguinolenta. «Dios mío.» Manon sintió que le flojeaban las piernas y que estaba a punto de desplomarse. Desbloqueó el móvil para pedir ayuda. No tenía cobertura, pero en la pantalla ponía: «Solo emergencias». Estaba a punto de hacer la llamada cuando se percató de que no estaba sola. A cierta distancia estaba sentado un hombre, presa del llanto. Sollozaba, derrotado, con la cara entre las manos.

Manon estaba aterrorizada. En ese momento, echó de menos no llevar un arma encima. Se acercó con prudencia. El hombre se incorporó. Cuando alzó el rostro, Manon lo reconoció.

—Lo he hecho yo —dijo señalando el cadáver con el dedo.

1992

Vinca Rockwell saltaba por las rocas, grácil y liviana. El viento soplaba cada vez más fuerte. Pero a Vinca le gustaba. El oleaje, el peligro, el aire marino que se le subía a la cabeza, el vértigo de los precipicios. En toda su vida nunca le había pasado nada tan embriagador como conocer a Alexis. Un profundo y absoluto deslumbramiento. Una fusión de ambos en cuerpo y alma. Aunque viviera cien años, nunca nada podría rivalizar con ese recuerdo. La perspectiva de volver a ver a Alexis de forma clandestina y de hacer el amor en los huecos de las rocas la trastornaba.

Notaba el aire cálido que la envolvía por completo, que soplaba en torno a sus piernas, levantándole el vuelo del vestido. Le parecía sentir un preludio del cuerpo a cuerpo tan esperado. El corazón que se desboca, la oleada de calor que te arrastra y te zarandea, la sangre que late, las palpitaciones que te estremecen cada centímetro del cuerpo. Iba a encontrarse con Alexis. ¡Iba a encontrarse con su amor!

Alexis era la tormenta, la noche y el instante. Muy en el fondo, Vinca sabía que estaba haciendo una tontería y que todo aquello acabaría mal. Pero por nada del mundo habría cambiado la emoción de ese momento. La espera, la locura del amor, el doloroso deleite de que se la llevara la noche.

—¡Vinca!

La silueta de Alexis se recortó de pronto en el cielo claro donde brillaba la luna llena. Vinca dio unos pasos para reunirse con aquella sombra. En un abrir y cerrar de ojos, casi le pareció que podía sentir todo el placer que se avecinaba. Intenso, ardiente e incontrolable. Los cuerpos que se entremezclan y se disuelven hasta fundirse en las olas y el viento. Los gritos que se suman a los de las gaviotas. Las convulsiones, la explosión que te derrota, el destello blanco y cegador que irradia de ti y te da la sensación de que todo tu ser se desparrama.

—¡Alexis!

Cuando Vinca abrazó por fin al objeto de su amor, una voz interior le susurró de nuevo que todo acabaría mal. Pero a la muchacha le importaba un bledo el futuro. El amor o lo es todo o no es nada.

Solo contaba el momento presente.

La seducción ardiente y ponzoñosa de la noche.

Ayer y hoy

(*Nice-matin*, lunes 8 de mayo de 2017)

El liceo internacional Saint-Exupéry
celebra su 50.º aniversario

El centro de referencia del parque tecnológico de Sophia Antipolis apagará 50 velas el próximo fin de semana.

Este liceo internacional, fundado en 1967 por la Mission Laïque Française para escolarizar a los hijos de trabajadores expatriados, es un centro atípico de la Costa Azul. Famoso por su nivel de excelencia, se articula en torno a la enseñanza de lenguas extranjeras. Las ramas bilingües desembocan en la obtención de diplomas internacionales y actualmente acogen a casi un millar de estudiantes franceses y extranjeros.

Las celebraciones darán comienzo el viernes 12 de mayo con una jornada de puertas abiertas durante la cual alumnos y docentes presentarán las creaciones artísticas (exposiciones de fotografía, películas y representaciones teatrales) que han realizado con motivo de este acontecimiento.

La fiesta proseguirá al día siguiente a las doce del mediodía con un cóctel que reunirá a los antiguos alumnos y trabajadores del centro. Durante esta ceremonia se colocará la pri-

mera piedra de un nuevo edificio, bautizado como «la Torre de Cristal», cuyas cinco plantas se alzarán en el mismo lugar que ahora ocupa el gimnasio que se va a demoler en breve. Este edificio ultramoderno acogerá a los alumnos de las clases preparatorias a las *Grandes écoles* (CPGE). Y las promociones de 1990-1995 tendrán el honor de ser los últimos usuarios de dicho gimnasio, esa misma noche, durante el «fiestón de los exalumnos».

Con motivo de este aniversario, la directora del liceo, la señora Florence Guirard, cuenta con que se sumen a la conmemoración cuantas más personas, mejor. «Invito afectuosamente a todos los antiguos alumnos y empleados a compartir este momento de cordialidad. Conversar, reencontrarnos y recordar juntos nos recuerda de dónde venimos y resulta indispensable para saber hacia dónde vamos», añade la directora, con un estilo algo manido, antes de indicar que se ha creado un grupo de Facebook especial para la ocasión.

STÉPHANE PIANELLI

Forever young

1

Coca-Cola Cherry

Cuando se viaja en un avión que se va a estrellar,
el cinturón no sirve para nada.

HARUKI MURAKAMI

1.

Sophia Antipolis

Sábado 13 de mayo de 2017

Aparqué el coche de alquiler debajo de los pinos, cerca de la gasolinera, a trescientos metros de la entrada del liceo. Había ido directamente desde el aeropuerto después de un vuelo de Nueva York a Niza sin pegar ojo.

El día anterior había salido precipitadamente de Manhattan, tras recibir por correo electrónico un artículo dedicado al quincuagésimo aniversario de mi antiguo liceo. El mensaje, que me llegó a través de mi editor, lo enviaba Maxime Biancardini, que en tiempos fue mi mejor amigo, aunque llevábamos veinticinco años sin vernos. Me indicaba su número de móvil, que dudé en marcar antes de concluir que no me quedaba otra.

—Thomas, ¿has leído el artículo? —me preguntó sin más preámbulos.

—Por eso te llamo.

—¿Sabes lo que significa?

En su voz resonaban entonaciones antaño familiares, pero que ahora deformaban el nerviosismo, la prisa y el miedo.

No contesté enseguida a la pregunta. Sí, sabía lo que significaba. Que suponía el final de la existencia que cada uno había llevado hasta ahora. Que nos íbamos a pasar el resto de la vida entre rejas.

—Tienes que venir a la Costa Azul, Thomas —me espetó Maxime al cabo de unos segundos de silencio—. Tenemos que organizar una estrategia para evitarlo. Tenemos que intentar hacer algo.

Cerré los ojos mientras volvía a evaluar las consecuencias de lo que iba a suceder: el alcance del escándalo, las implicaciones judiciales, la onda expansiva que iba a golpear a nuestras familias.

En lo más hondo, siempre supe que existía una probabilidad de que llegara este día. Había estado viviendo casi veinticinco años (o fingiendo que vivía) con esa espada de Damoscles sobre mi cabeza. Cada cierto tiempo, me despertaba en mitad de la noche, sudoroso, pensando en los sucesos que tuvieron lugar entonces y en la posibilidad de que alguien los descubriera. Esas noches me tragaba un bromazepam con un lingotazo de Karuizawa, pero rara vez me volvía a dormir.

—Tenemos que intentar hacer algo —repitió mi amigo.

Yo sabía que se hacía vanas ilusiones. Porque esta bomba que amenazaba con arrasar el transcurso de nuestras vidas respectivas la habíamos colocado nosotros una noche de diciembre de 1992.

Y ambos sabíamos que no había forma de desactivarla.

2.

Después de bloquear las puertas del coche, di unos pasos hacia la gasolinera. Era una especie de *General store* de estilo

estadounidense que todo el mundo llamaba «la tienda de Dino». Detrás de los surtidores de carburante se alzaba una construcción de madera pintada, un edificio de estilo colonial que albergaba una tiendecita y un café agradable con una amplia terraza cubierta con una marquesina.

Empujé la puerta oscilante. El lugar no había cambiado tanto y seguía teniendo un toque atemporal. En el fondo del local, unas banquetas muy altas rodeaban una barra de madera encerada en cuyo extremo había expuestos bollos coloridos bajo unas campanas de cristal. El resto de la sala lo ocupaban bancos corridos y mesas que llegaban hasta la terraza. De la pared colgaban anuncios antiguos de chapa esmaltada de marcas que ya no existían y carteles de la Riviera en los «años locos». Para que cupieran más mesas, habían retirado el billar y las máquinas recreativas en las que tantas veces había dilapidado mi paga: Out Run, Arkanoid y Street Fighter II. Solo había sobrevivido el fútbolín: un viejo Bonzini de competición con el terreno de juego desgastado hasta la trama.

Mis manos no pudieron resistirse a acariciar la caja del fútbolín de haya maciza. En ese mismo lugar, Maxime y yo habíamos recreado durante horas todos los grandes partidos del Olympique de Marsella. Me acudían los recuerdos sin orden ni concierto: los tres goles de Papin en la Copa de Francia de 1989; el gol con la mano de Vata contra el Benfica; Chris Waddle golpeando con el exterior del pie en el partido contra el AC Milan, la famosa noche en que en el estadio del Velódromo se fue la luz. Por desgracia, no celebramos juntos la victoria que tanto habíamos esperado (la consagración de la Liga de Campeones de 1993). Por entonces, yo ya me había marchado de la Costa Azul para estudiar en una escuela de negocios en París.

Me dejé llevar por el ambiente del café. Maxime no era el único con el que yo acostumbraba a ir allí después de clase.

Los recuerdos que más huella me habían dejado estaban asociados a Vinca Rockwell, la chica de la que estaba enamorado por entonces. La chica de la que todos los chicos estábamos enamorados por entonces. Fue ayer. Fue hace una eternidad.

Según avanzaba hacia la barra, noté que el vello de los brazos se me erizaba a medida que en mi memoria iban cobrando nitidez algunas instantáneas. Recordaba la risa cristalina de Vinca, las paletas separadas, los vestidos livianos, la belleza singular, el distanciamiento con el que quería aparentar que miraba las cosas. Me acordé de que, en la tienda de Dino, Vinca bebía Coca Cherry en verano mientras que en invierno pedía tazas de cacao con nubecitas dulces flotando.

—¿Qué le pongo?

No me lo podía creer: el café lo seguía regentando la misma pareja italo-polaca (los Valentini), y en cuanto los vi me volvieron a la memoria sus nombres. Dino (claro está...) había dejado de limpiar la cafetera expés para atenderme, mientras que Hannah hojeaba el periódico local. Él tenía más peso y menos pelo. Ella estaba menos rubia y más arrugada. Pero con el tiempo, parecía que formaban una pareja más equilibrada. Era el efecto igualador de la vejez: ajaba las bellezas demasiado deslumbrantes y, en ocasiones, otorgaba algo de pátina y porte a los rasgos más anodinos.

—Un café, por favor. Un expreso doble.

Dejé que revoloteasen unos segundos y provoqué al pasado invocando el fantasma de Vinca:

—Y una Coca Cherry con hielo y una pajita.

Por un instante, creí que uno de los Valentini iba a reconocerme. Mi padre y mi madre habían sido los directores del Saint-Ex entre 1990 y 1998. Del liceo y de las clases preparatorias, respectivamente; y, como tales, disfrutaban de un alojamiento en el recinto del centro. Así que yo siempre estaba

metido en el café. A cambio de unas partidas gratis del Street Fighter, a veces ayudaba a Dino a ordenar el sótano o a preparar las famosas *frozen custards* cuya receta había heredado de su padre. Mientras su mujer seguía enfrascada en el periódico, el viejo italiano me cobró la consumición y me sirvió las bebidas sin que ni una sola chispa le iluminara los ojos cansados.

Más de la mitad del local estaba vacío, lo cual resultaba sorprendente incluso para un sábado por la mañana. En el Saint-Ex vivían muchos internos y gran parte se quedaba en el liceo los fines de semana. Aproveché para dirigirme hacia la mesa favorita de Vinca y mía: la última en el extremo de la terraza, bajo las fragantes ramas de los pinos. Como los astros se reconocen entre sí, Vinca siempre elegía la silla que estaba cara al sol. Con la bandeja en las manos, me senté en mi sitio de siempre, de espaldas a los árboles. Cogí el café y puse el vaso de Coca Cherry delante de la silla vacía.

En el altavoz sonaba un viejo éxito de REM, *Losing my Religion*, que, aunque la mayoría de la gente cree que habla de la fe religiosa, en realidad habla del sufrimiento de un amor doloroso y no correspondido. El desamparo de un chico que le grita a la chica de la que está enamorado: «¡Ey, mira, estoy aquí! ¿Por qué no me ves?». La historia abreviada de mi vida.

Un vientecillo agitaba las ramas, el sol espolvoreaba de luz las tablas del suelo. Durante unos segundos, un efecto mágico me transportó a principios de la década de 1990. Ante mí, bajo la luz primaveral que se filtraba por las ramas, el fantasma de Vinca cobró vida y el eco de nuestras animadas conversaciones retornó a mis oídos. La estaba oyendo contarme, entusiasmada, *El amante* y *Las amistades peligrosas*. Yo replicaba con *Martin Eden* y *Bella del Señor*. En esa misma mesa solíamos hablar durante horas de las películas que ha-

bíamos visto el miércoles por la tarde en el Star, en Cannes o en el Casino de Antibes. A ella le entusiasmaban *El piano* y *Thelma y Louise*; a mí me gustaban *Un corazón en invierno* y *La doble vida de Verónica*.

Concluyó la canción. Vinca se puso las Ray-Ban, sorbió un trago de Coca con la pajita y me guiñó un ojo detrás de los cristales de color. Su imagen se fue desvaneciendo hasta desaparecer del todo, poniendo fin a nuestro paréntesis encantado.

Ya no estábamos en el calor despreocupado del verano de 1992. Estaba yo solo, triste y sofocado, persiguiendo las quimeras de mi juventud perdida. Hacía veinticinco años que no había vuelto a ver a Vinca.

En realidad, hacía veinticinco años que nadie la había vuelto a ver.

3.

El domingo 20 de diciembre de 1992, Vinca Rockwell, de diecinueve años, se fugó a París con Alexis Clément, su profesor de filosofía, de veintisiete años, con el que mantenía una relación secreta. La última vez que los vieron a los dos fue a la mañana siguiente, en un hotel del distrito VII, cerca de la basílica de Santa Clotilde. Luego, se perdió el rastro de su presencia en la capital. Nunca más volvieron a dar señales de vida, nunca más se pusieron en contacto con sus respectivas familias ni con sus amigos. Se habían evaporado, literalmente.

Esa era la versión oficial.

Me saqué del bolsillo el artículo del *Nice-matin* que ya había leído unas cien veces. Bajo una apariencia anodina, incluía un dato cuyas consecuencias dramáticas iban a cuestio-

nar lo que todo el mundo sabía sobre aquel caso. Hoy en día se nos llena la boca de «verdad» y «transparencia», pero la verdad rara vez es lo que parece y, en este caso concreto, no llevaba aparejados ni alivio, ni proceso de duelo, ni auténtica justicia. La verdad solo traería desgracia, persecución y calumnia.

—¡Uy, lo siento, señor!

Un estudiante asalvajado que iba corriendo entre las mesas le dio un empujón con la mochila al vaso de Coca. Tuve el reflejo de atraparlo al vuelo para evitar que se rompiera. Sequé la superficie de la mesa con unas servilletas de papel, pero el refresco me había salpicado el pantalón. Crucé el local hacia el aseo. Tardé no menos de cinco minutos en limpiar del todo las manchas y otro tanto en secar la prenda. Prefería no plantarme en la reunión de antiguos alumnos con pinta de haberme meado encima.

Volví a la terraza para coger la chaqueta que había dejado colgada en el respaldo de la silla. Al mirar la mesa, noté que se me aceleraba el corazón. En mi ausencia, alguien había doblado por la mitad la fotocopia del artículo y puesto encima un par de gafas de sol. Unas Ray-Ban Clubmaster con los cristales de color. ¿Quién me estaba gastando esa broma pesada? Miré a mi alrededor. Dino estaba hablando con un hombre junto a los surtidores de gasolina. Hannah estaba regando los geranios en el otro extremo de la terraza. Aparte de los tres basureros que disfrutaban de su descanso apoyados en la barra, los escasos clientes eran alumnos del liceo que estudiaban en el MacBook o chateaban en el móvil.

«Mierda...»

Tuve que coger las gafas con mis propias manos para convencerme de que no eran una alucinación. Al levantarlas, me fijé en que habían anotado algo en el recorte de periódico. Una sola palabra, escrita con letra redondilla y pulcra: «Venganza».